

El pan de la suerte

Gabriel Zapata



Capítulo 1

EL PAN DE LA SUERTE

El sorteo se le ocurrió en una tarde de jueves, mientras arrojaba las sobras de panes mohosos a las palomas que esperaban ansiosas en el patio. Las aves picoteaban el pan, siempre atentas a los movimientos del Frank, quien las observaba sentado en un banco. Pensaba en cómo realizaría aquel juego, cuándo lo haría y qué cosa le diría a la gente para convencerlos de participar. ¿Le harían caso? Quién sabe.

Su negocio se vino abajo desde que Dominik Huxley y su familia llegaron al pueblo e inauguraron su propia panadería. Dominik traía recetas europeas creando panes de inusual apariencia, pero de exquisito sabor. La gente ya no quería comprar los panes de Frank, por lo que su panadería se vio inmersa en la quiebra cuando solo tres personas al día se dignaban a entrar y adquirir las piezas más baratas. Las estanterías permanecieron repletas, casi intactas.

Las palomas se acercaban cada vez más y su miedo a aquel humano que les lanzaba comida se había disipado un poco. Pero Frank les arrojó toda la canasta de sobras y las palomas volaron asustadas. También mandó lejos la canasta, consumando así una ira inesperada. A pesar de tener pocos clientes aún amasaba la misma cantidad de harina y horneaba la misma cantidad de panes. Los estantes siempre estaban dispuestos de pan en una esperanza de que la gente regresase a comprarle, como lo hacían todas las mañanas. Sin embargo, todo el pan terminaba picoteado por palomas.

El sol ya se había escondido detrás de las montañas y el patio se sumía en tinieblas vespertinas. Las aves no regresaron y los restos de pan permanecieron en el suelo, siendo su destino podrirse ahí y mezclarse con la tierra húmeda.

Frank se metió a la casa y caminó hasta la cocina. El horno de leña ya se enfriaba y los nuevos leños estaban propiamente dispuestos para ser quemados. El panadero permaneció de pie, mirando a su alrededor. Ahí estaban los sacos de harina, ahí estaba el azúcar y ahí descansaban los frascos de levadura. Frank se rascó el cuello sin barba y atravesó la cocina hasta llegar a la única habitación de la casa. Era ahí donde pasaba las noches y recordaba sin querer a Naomi hasta quedarse dormido. Aquel día la recordó con más fuerza. Pensaba que recuerdos como aquellos se desvanecían con el lento pasar del tiempo. Frank se quedaba con la cruel idea de que algún día regresaría. Era un pensamiento cruel pues sabía que aquello no sucedería. Su único recuerdo físico yacía en la mesa que ella

solía utilizar para arreglarse. Dentro de una caja lijada y barnizada se encontraba un anillo. Aunque aquel estaba hecho del más barato de los metales, la piedra incrustada ahí era de valor incalculable. Aquel anillo le perteneció a la madre de Frank siendo esta la única herencia que le dejó. Frank se lo dio a Naomi el día que le pidió ser su esposa.

Abrió la caja, como hacía cada cierto tiempo. La piedra parecía emanar su propia luz. Era un brillo rojizo, como un pequeño sol atrapado. Lo tomó con dos dedos y lo examinó.

—Perdóname, Naomi —dijo en un susurro—, deberé usar tu anillo.

Cerró la caja de un golpe y regresó a la cocina. Dejó caer el anillo en uno de sus bolsillos y se colocó su delantal.

La noche fue testigo de su hazaña. Permaneció despierto hasta las 5 de la mañana horneando panes redondeados y de un sabor simple. Utilizó varios sacos de harina y varios litros de agua. Sus manos eran maquinas amasadoras. En algún momento, escogió uno de entre todos los panes crudos. Tomó entonces el anillo y lo introdujo en la masa. Horneó todos los panes que había creado y más tarde los llevó a la panadería. Había arrojado a la basura todos los panes que le sobraban por lo que hubo espacio para sus nuevos panes. Al final, se lavó las manos y se dispuso a descansar. Aún pensaba en Naomi, sin embargo, esta vez se durmió tan pronto como se recostó, siempre perdido entre los olores melosos y cálidos de su panadería.

Se levantó muy temprano, a pesar de haber descansado poco. Se aseó y se perfumó. Salió de la casa y abrió ambas puertas de su panadería. La gente ya se había percatado de que Frank había horneado pan, pero aquella ocasión permanecía en el aire un único olor. Una mujer se acercó, había comprado pan con Dominik.

—Señora, señora —llamó Frank—, hoy haré un juego que podría interesarle.

—¿Un juego?

—Sí, he horneado cientos de panes y en uno de ellos, escúchelo bien, en uno de ellos se encuentra una joya invaluable. Si usted es la afortunada de encontrarlo podrá quedárselo.

—¿Habla en serio? —La mujer miró los panes detrás de Frank. Descubrió que todos eran iguales: lisos y sin mucha gracia.

—Claro, señora. Vamos, puede que usted sea la ganadora.

La mujer entró a la panadería motivada por la curiosidad y admiró todos los panes acomodados en los estantes. Se preguntó si debía seguir el juego del panadero. Al final, la mujer compró cinco panes.

—¡Mucha suerte! —Le dijo Frank mientras la señora le pagaba con monedas.

Frank vio cómo la mujer abría desesperada cada uno de los panes. Los hizo pedazos, pero su esfuerzo no sirvió de nada ya que el anillo no se encontraba en ninguna de esas piezas.

—Oh —exclamo la señora—, no los he encontrado.

—Puede probar otra vez —dijo Frank.

—Se me acabó el dinero, pero volveré más tarde.

La mujer salió de la panadería con una amplia sonrisa, olvidando sus panes que ahora eran migajas.

Frank salió de nuevo y le informó a un hombre de sombrero negro sobre el pan de la suerte. El sujeto compró sólo un pan, tal vez fue por lástima. Pero tampoco había encontrado el anillo.

El panadero continuó atrayendo clientes mientras la gente salía de sus casas a comprar el desayuno o a realizar otras tareas diarias. La mujer que había comprado primero llegó media hora después. La acompañaban dos mujeres, una de ellas más vieja que las otras dos. Hubo una especie de competencia entre ellas ya que cada una tomó tantos panes como sus canastos se lo permitieron.

—Señoras, no se alteren —les dijo Frank, siempre sonriente—. Por favor, hagan una fila y les cobraré como se debe.

Las mujeres y otras dos personas hicieron fila. Nadie pudo hallar la joya.

Bastó que el rumor se esparciera. Pronto, todos los habitantes del pueblo se dirigieron a la panadería de Frank. El lugar se saturó de gente y los panes eran comprados por docenas. Frank no sabía cuántos panes había horneado. Tal vez fueron 200, tal vez 800, nunca lo supo. Cada vez que un estante se vaciaba Frank lo rellenaba con más piezas de su bodega.

Al notar que aquello podría salirse de control, Frank decidió entregarle a la gente todos los panes de una vez. Las monedas llegaban en cientos por lo que Frank las arrojaba en un saco de harina. Algunas personas no esperaban a salir y abrían los panes una vez que pagaban. La gente de

este lugar, pensaba Frank, no perdía su amabilidad por más desesperados que estuviesen.

La panadería de Dominik Huxley estaba vacía. Se había enterado del juego de Frank, pues su esposa había visto a la multitud mientras regresaba del mercado.

—¿Estará regalando pan? —Le dijo Dominik a su mujer.

—Oh, no. Es sólo que el hombre escondió un anillo en un pan. Dicen que valen mucho.

Dominik pensó que sería muy gracioso el ir a comprar uno y obtener aquel anillo.

—No iremos —le dijo su mujer, como si le leyese la mente, y Dominik tuvo que hacerle caso.

Los panes estaban a punto de acabarse y nadie encontraba el anillo. La gente notó aquello y varios pensaban que aquello era una mentira total, un timo.

—Diga la verdad —decía un hombre entre la multitud que se había acumulado—. ¿Hay tal cosa como un anillo en estos panes?

Frank no perdió la calma.

—Claro, amigo. De no ser cierto les devolveré a cada uno su dinero, lo prometo.

Fue cuando alguien gritó. Todos pensaron que el dueño del grito había presenciado algo terrible. Casi pareció un aullido de dolor.

—¡Lo encontré! —Gritaba una mujer en la calle. Todos en la panadería salieron corriendo. La afortunada mujer notó aquello y pensó que debía guardar el anillo para que nadie se lo quitase. Sin embargo, la gente sentía curiosidad y cierta admiración.

—Muestre el anillo —dijo un hombre que masticaba pan.

La mujer, quien tenía seis hijos y vivía en una pequeña casa de madera, por un momento dudó mostrar la joya. Finalmente alzó el anillo y todos lo admiraron. La piedra roja brilló con intensidad ante la luz de la mañana. Las personas a su alrededor aplaudieron con orgullo mientras

observaban a la mujer ponerse el anillo. Le quedó perfecto.

Después de felicitar a la mujer y de apreciar la joya, los pueblerinos decidieron agradecer al panadero por tan excitante juego. Regresaron a la panadería, pero encontraron vacío el lugar.

—¿En dónde se...? —Pero aquella frase producida por alguna mujer se cortó enseguida. Ella, como cada una de las personas que había comido pan en aquella mañana, se llevó ambas manos a la garganta. Mujeres, hombres, viejos y niños percibieron en sus gargantas un dolor agudo e interminable.

Frank había intentado adivinar el número de habitantes de aquel pueblo y llegó a la conclusión de que había poco más de mil.

¿Cuántos panes había horneado? ¿Cuánto veneno les había agregado? No sabía.

Sólo sabía que muy pronto se reuniría con Naomi.

Y todo gracias al pan... A su pan.

Incluso les había arrojado unas cuantas migajas a las palomas del patio.